

Rómulo Betancourt

La inesperada muerte de Rómulo Betancourt ha producido en el país una avalancha de elogios y calificativos enaltecedores que para quien se haga una imagen suya sólo a partir de la presentación hecha en estos días por los medios de comunicación social pensaría que la Venezuela moderna queda desamparada, huérfana, indefensa frente a las dificultades futuras. La exageración producida por la emotividad de la muerte, aumentada por las difíciles situaciones internas para Acción Democrática, para el Gobierno y para COPEI, hacen que, por condicionamientos inmediateistas, pueda desfigurarse la figura histórica de una persona significativa en los últimos cincuenta años de nuestro proceso histórico.

La historia política venezolana desde 1928 encuentra como uno de sus protagonistas de primera línea a Rómulo Betancourt. Pero, creemos exagerado decir que escribir la historia de Rómulo Betancourt es escribir la historia de Venezuela en estos años. Rómulo Betancourt es un hombre, no un demiurgo. Conocer, sopesar y enjuiciar su contribución a la historia venezolana es una tarea que apenas está comenzada y que necesita partir de la sólida base de incluir la vida y obra de Betancourt en la historia y no trasvasar irresponsablemente la historia venezolana a la vida de Rómulo, convirtiéndolo en su causa eficiente.

El eje de la actividad y la vida toda de Rómulo Betancourt fue la política. En Betancourt encontramos una importante concreción histórica de lo que es en la Venezuela petrolera la figura de un hombre político. Desde su juventud esa fue la actividad que lo centró vivencialmente: soñar una Venezuela sin-Gómez, que paso a paso se va convirtiendo en diagnósticos más precisos sobre la realidad nacional, en proyectos y planes alternativos. Frente a la Venezuela semi-feudal dominada por un omnímodo poder personal, aliado de las clases propietarias y militarizado, surge el proyecto de una Venezuela civil, con un poder representativo de las diferentes capas sociales, formalmente democrático y propulsor de un desarrollo económico moderno de acuerdo al grado alcanzado por las fuerzas productivas del mundo occidental. Ese proyecto sólo es realizable si se organiza una fuerza capaz de ponerlo en práctica. Una fuerza social con raíces en todas las clases. Una fuerza concretada en una organización política, en un partido moderno cuyo norte sea la toma del poder, desde el que es posible realizar ese proyecto. El Rómulo Betancourt político fue, como lo ha recordado muchas veces Ramón J. Velásquez, un hombre apasionado por el poder y la gloria que de allí se deriva, instrumento fundamental para contribuir a la creación de una Venezuela moderna.

Ni el proyecto, ni el instrumento de realización —el partido— fueron posibles sin el grupo: desde el comienzo, hay que recordar a Raúl Leoni, Valmore Rodríguez y Ricardo Montilla. A quienes, en acuerdo y desacuerdo, lograron generar un vasto movimiento de modernización en el país. El éxito de un hombre político no es su figura individual, sino el lograr incorporarse y contribuir a inspirar un movimiento social capaz de determinar los objetivos del conjunto de la sociedad. De allí que la figura del Rómulo-político sea inseparable de las organizaciones en las que participó y fue líder, con sus aciertos y errores. Rómulo es vocero e inspirador de ARDI (1931), ORVE (1936), PDN (1936 y 1939) y AD (1941). Desde allí se promueve el proyecto político. Desde esa plataforma y acompañado por la organización es dos veces presidente de la República.

Rómulo Betancourt encarna al hombre-político de la transición de la Venezuela dirigida por los caudillos-agrarios a la Venezuela dirigida por los líderes-de-masas-urbanas. En este sentido Rómulo es un caudillo de la democracia. Las montoneras constituidas por los peones armados de los terratenientes-caudillos se transforman en las masas populares seguidoras del carismático líder populista que encarna en su proyecto las aspiraciones de esas masas en tránsito del campo a la ciudad: Pan-Tierra-y-Trabajo es la concreción populista del proyecto de democracia modernizadora.

Llegar al poder y mantenerse en él supuso para Rómulo Betancourt aprender a ceder de su proyecto para hacer "lo posible", y aprender a pactar con quienes en la sociedad están dispuestos a compartir el poder, aunque no compartan el proyecto, pero no están dispuestos a perderlo. De allí que del juvenil sarampión comunista pasara al policlasista populismo adeco, y de la inmovible voluntad de poner en práctica el programa original en el gobierno de 1945 a 1948, pasara al arreglo con el Ejército, el Capital privado y la Iglesia y al "pacto de Punto Fijo" a partir de 1958.

Con la desaparición física del hombre-político Rómulo Betancourt se abre una nueva etapa de verificación de su aporte histórico: si subsiste y se consolida la organización en cuya fundación y trayectoria ha tenido una gran influencia, y si se logra consolidar un nuevo pacto de concentración democrática nacional sin su presencia, ha sabido hacer un aporte duradero a la historia, aunque eso no implique necesariamente el bien de las mayorías, que fueran su primera inspiración y base.